

arquero, si respondes como un monje cuando te se habla como á un ciudadano.

— Dios ha hecho los montes para los corzos y los gamos, y los corzos y los gamos para el hombre: por eso da ligereza á la caza y destreza al cazador. Walter, os habeis engañado llamándome un valiente arquero, yo no soy mas que un pobre cazador.

— ¡Adios, Guillermo, véte en paz!

— ¡Dios sea con vosotros, hermanos!

Guillermo se alejó. Los tres le siguieron en silencio con la vista, hasta que hubo desaparecido en el primer recodo del camino.

— No hay que contar con él, dijo Werner Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

— Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

— ¡Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tú, Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grütli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

— ¡Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

— En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furst.

— ¡Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debian acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre habia un jóven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le habia hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su jóven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenia un negocio en la aldea de Brünnen, y díjola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la jóven al oírle.

— ¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause ta impresion.

— Conrado, respondió la jóven, ¿no podrias diltar este viaje?

— Imposible.

— ¿No puedes llevarme contigo?

— Imposible.

— Entonces véte.

Conrado la miró.

— ¿Serías celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

— Pero no, es imposible, continuó diciendo : pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

— Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

— ¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

— ¿Conoces á nuestro jóven señor? Conrado.

— Sí, sin duda, contestó este arrugando las cejas.

¿Y bien?

— ¡Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu mujer.

— ¿Y te ama? exclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

— Me lo ha dicho.

— ¿Hace ya tiempo?...

— Sí, y yo lo habia olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

— ¡Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!.... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el dia de la venganza!

— ¿A quién amenazas así? dijo Rosa. ¿Olvidas que es nuestro amo?

— Sí, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no

tengo el derecho de administrar justicia como él, menos tengo el derecho de hacérmela yo mismo.

— Ya ves que tenia razon para temer, Conrado.

— Sí.

— ¿Entonces no te marcharás?...

— He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

— ¿Me permitirás que te acompañe?

— Ya te he dicho que era imposible.

— ¡Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

— Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debia de ir; nadie lo sabe: yo no estaré ausente mas que hasta mañana al medio dia. Me creerán á su lado, y te respetarán.

— ¡Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pié de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiéndolo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, extendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su tiranía; pidiendo á*

Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los piés de los tres jefes. Los conjurados gritaron entonces: « ¡Gloria al Señor! » y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 1.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya medio día, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpitar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oidos llevado por una ráfaga de viento: estremeciése, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oír segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, porque aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino; precipitése, pues, hácia el pueblo.

Apenas habia dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una mujer desgrenaada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Habia reconocido á Rosita.

— ¿Qué tienes, querida mia? exclamó.

— ¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

— ¿Y porqué es preciso que huyamos?

Porque ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú allí....

— ¡Ha venido!

— Sí, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola...

— ¡Habla! ¡habla! pronto.

— Ha exigido que le preparase un baño.

— ¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

— ¿Qué podía yo hacer, Conrado?... Entonces me ha hablado de su amor..., ha puesto en mí sus manos... entonces he huido llamándote en mi auxilio... he corrido como una loca... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis piés.

— ¿Y él dónde está ahora?

— En casa... en el baño.

— ¡Insensato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

— ¿Qué vas á hacer, desgraciado?

— Espérame, Rosita, vuelvo...

Rosita cayó de rodillas con los brazos extendidos hácia el punto en donde Conrado habia desaparecido. Así permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estatua de la oracion, despues se levantó de repente y dió un alarido. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

— ¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, porque no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, sino por la tuya!..

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habian llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

— ¿Qué sangre es esa? le preguntó.

— La suya .. respondió Conrado.

— ¡Huyamos! exclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anoecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Rœstock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse. Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecian estrellas caídas al suelo. Luego á los

discordantes rumores de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene tambien voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las nevaras. En sus intervalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borrascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar, á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, porque aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Así Conrado habia seguido con inquietud el vapor que empañando el espejo del lago, habia comenzado á levantarse sobre la superficie, y que subiendo lentamente por el valle habia ido á condensarse al rededor de la nevada cabeza del Axemberg. Habia vuelto muchas veces ya los ojos con ansiedad hácia el punto por donde iba á salir la luna, cuando apareció pálida y rodeada de un círculo nebuloso que velaba su débil resplandor. De tiempo en tiempo soplaban algunas brisas que llevaban consigo un sabor húmedo y de tierra, y Conrado volviéndose hácia Occidente, y aspirándolas con el instinto de los lebreles, murmuraba en voz baja: — Sí, sí, os conozco bien, mensajeros de la borrasca, y os doy gracias del aviso, que no desaprovecharé. En fin, una bocanrda de viento trajo los primeros vapores de los lagos de Neufchatel y de los pantanos de Morat: Conrado vió que era tiempo de partir, y se inclinó hácia Rosita.

— Amada mía, no tengas miedo, murmuró á su oído, soy yo que te despierto.

Rosita abrió los ojos y echó sus brazos al cuello de Conrado.

— ¿En dónde estamos? dijo Rosita. Tengo frío...

— Es preciso partir, el cielo está borrascoso, apenas tenemos tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach en donde hallaremos un abrigo: cuando haya pasado el huracan nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brunnen ó á Sissigen.

— Pues no perdamos un tiempo precioso, Conrado. ¿No valdria mas irnos en seguida al lago? Si nos persiguiesen...

— Tanto les valdria buscar el rastro de un gamo, ó del águila, respondió con indiferencia Conrado. Está tranquila por eso, hija mía, vámonos, porque ya está encima la tormenta.

En efecto, oyóse un trueno lejano que recorrió con su estruendo las sinuosidades del valle y fué á perderse en los desnudos flancos del Axemberg.

— Tienes razon, dijo Rosa, no hay un instante que perder, huyamos, Conrado, huyamos.

A estas palabras, agarráronse de la mano, y corrieron tan á prisa como les permitia lo escabroso del terreno, en direccion á la gruta del Rikenbach.

Pero el huracan se habia declarado al mismo tiempo que los primeros albores del dia, y se aproximaba bramando: de diez en diez minutos surcaban el cielo multitud de relámpagos, y bajando las nubes sobre la cabeza de los fugitivos les robaban por un instante la vista del valle, y deslizándose por lo largo de la montaña, los dejaron impregna-

dos de una fria y penetrante humedad que les helaba el sudor de su frente. De repente y en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece que reconcentra en sí todas sus fuerzas para la lucha que va á sostener, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

— Es Napft, exclamó Conrado parándose.

— Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en la montaña, respondió Rosita.

Conrado la hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañés acostumbrado á adivinarlo todo, salvacion y peligros, por los mas leves indicios. Volvieronse á oír de nuevo los ladridos, Conrado se estremeció.

— Si, si, murmuró. Napft está de caza, ¿pero sabes tú bien la caza que busca?

— ¿Qué nos importa!

— ¿Qué importa la vida á los que huyen para conservarla! Somos perdidos, Rosita: el infierno ha sugerido á esos demonios una idea: no sabiendo dónde encontrarme han soltado á Napft y fiádose á su instinto.

— ¿Pero qué puede hacerte creer...

— Escucha y observa con qué lentitud se aproximan los ladridos, lo tienen atado para no perder la pista, pues de otra suerte Napft ya estaria á nuestro lado. Pero de ese modo tardarán mas de una hora antes de alcanzarnos.

Napft ladró de nuevo, pero sin aproximarse de una manera sensible, al contrario, hubiérase dicho que su voz se hallaba mas lejana que la primera vez que se habia dejado oír.

— Pierde nuestro rastro, dijo Rosita con alegría; mira, la voz se aparta.

— No, no, respon dió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse : esto es que el viento sopla contrario : oye, oye. El violento estampido de un trueno interrumpió los ladridos que acababan de oirse mas de cerca, pero apenas se apagó el eco del trueno volvieron á oirse de nuevo.

— ¡Huyamos! exclamó Rosita, ¡huyamos hácia la gruta!

— ¿Y ahora de qué nos servirá la gruta? Si antes de dos horas no ponemos entre los que nos persiguen y nosotros el lago, somos perdidos.

Diciendo esto la cogió de la mano y se la llevó casi arrastrando.

— ¿A dónde vas, á dónde vamos? Mira que pierdes la direccion del lago, exclamó Rosita.

— Ven, ven, es menester que burlemos la astucia de esos cazadores de hombres. De aquí al lago hay tres leguas : si fuésemos á él en línea recta, antes de veinte minutos ya no podrias andar mas, pobre criatura; ven, ven.

Rosita sin responder recogió todas sus fuerzas y adelantóse rapidamente en la direccion que su marido habia escogido; caminaron así casi diez minutos despues; de repente se hallaron á orillas de uno de aquellos barrancos tan frecuentes en las montañas. Aquel lo habia producido un terremoto, en tiempos que hasta los bisabuelos habian olvidado ya, y un precipicio de veinte piés de ancho, y una legua de largo casi formaba una profunda cintura á la montaña.

Era una de aquellas arrugas que anuncian la vejez de la tierra, pero llegados allí Conrado dió un

terrible grito. El frágil puentecillo que pasaba de uno á otro lado, se habia roto por una roca que se habia desplomado rodando desde la cima de Ræsttock. Rosita comprendió toda la desesperacion de aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, dejóse caer de rodillas.

— No, no, todavía no es hora de orar, exclamó Conrado con los ojos brillantes de alegría. ¡Animo, Rosita, ánimo! Dios no nos abandona enteramente.

Al decir estas palabras habia corrido hácia un pino que las tempestades habian desnudado de sus ramas, y que vegetaba solitario y despojado á orillas del precipicio : habia comenzado la obra de su salvacion, cortándolo con su hacha con toda su fuerza : el árbol, atacado por un enemigo encarnizado y mas poderoso que las tempestades, gimió desde la raíz hasta la punta; verdad es que jamás leñador alguno habia descargado tan fuertes golpes.

Rosita animaba á su marido, escuchando al mismo tiempo los ladridos de Napft, que con estos contratiempos que los habian detenido ya se iba adelantando mas y mas.

— Animo, querido mio, le decia, ánimo, mira cómo tiembla el árbol ya, y se bambolea. ¡Oh, cuán fuerte eres, Conrado mio! ya cae. ¡Dios mio! yo te doy gracias : ¡nos hemos salvado!

En efecto, el pino, cortado por su base, y cediendo al impulso que le habia dado Conrado, habia caido al través del precipicio, ofreciendo un puente intransitable para cualquiera que no fuese un montañés, pero muy bastante para el pié de un cazador.

— No temas nada, Conrado, exclamó Rosita lanzándose la primera, no temas nada y sígueme.

Pero Conrado, en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar el peligroso paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol para que no vacilase bajo las plantas de su querida.

Oíanse entretanto los ladridos de Napft ya distante un cuarto de hora apenas. Conrado de pronto sintió que el movimiento que los pasos de Rosita imprimían en el árbol habia cesado, se aventuró á mirar, y la vió que tendiéndole los brazos le excitaba á que fuese á reunirse con ella.

Conrado se lanzó inmediatamente sobre aquel vacilante puente con paso tan firme como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á donde estaba su mujer, volvióse, y de un puntapié arrojó el árbol en el precipicio. Rosita lo siguió con la vista, y al verle hacerse pedazos contra las rocas y rebotar de profundidad en profundidad, apartó los ojos y palideció. Conrado, al contrario, lanzó uno de aquellos gritos de alegría que arrojan el león ó el águila despues de una victoria : despues pasó su brazo en derredor de la cintura de Rosita, y se internó en una de aquellas sendas por donde no pasan mas que las fieras. Sus perseguidores, guiados por Napft, llegaron cinco minutos despues á orillas del precipicio.

Entretanto la tempestad arreciaba, los relámpagos continuaban sin interrupcion, el trueno no cesaba un instante de retumbar, el agua caía á torrentes, los gritos de los cazadores y los ladridos de Napft, todo era perdido en aquel caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosita.

— No puedo andar mas, dijo; dejando caer los brazos y flaqueándole las rodillas, decia á su esposo :

— Huye solo, Conrado, huye, te lo suplico.

Conrado miró en derredor de sí para conocer á qué distancia se encontraba del lago, pero el tiempo era oscurísimo, y bajo el velo de la tempestad todos los objetos habian tomado un tinte tan uniforme, que le fué imposible orientarse; levantó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos : el sol habia desaparecido como un rey arrojado de su trono por una conmocion popular. La pendiente del terreno daba á conocer bastante el camino que se debia seguir; pero en este camino era fácil encontrar alguno de aquellos accidentes en el terreno tan comunes en los montes, que solo pueden salvar las alas del águila ó las ligeras piernas de los gamos. Conrado dejó tambien á su vez caer sus brazos, y lanzó un gemido cual un atleta medio vencido.

En aquel momento, descendiendo de la cumbre del Rcestock, se dejó oír un extraño y prolongado murmullo; la montaña osciló tres veces semejante á un hombre borracho, y atravesó el espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua hirviendo.

— ¡Es una manga! exclamó Conrado, ¡es una manga!... y cogiendo á su esposa entre los brazos, acurrucóse con ella bajo la bóveda que formaba una inmensa roca, apretando despues á su esposa con un brazo, aferrándose con el otro á las asperezas de la roca.

Apenas se hallaron bajo aquel abrigo, cuando se estremecieron las ramas superiores de los pinos, movimiento que se comunicó despues á las ramas inferiores; un silbido que dominó al ruido del huracan se apoderó á su vez del espacio; el bosque se dobló cual un campo de espigas; oyéronse horro-

rosos crujidos; despues se vieron volar hechos pedazos los troncos de los árboles mas robustos; desarraigábanse unos, levantábanse otros como si la mano de un demonio les cogiese al pasar por la cbellera, y huían ante el soplo de la manga dando volteretas y rodando cual un tropel insensato de gigantescas y horrorosas fantasmas. Encima de ellos un espeso monton de ramas hechas pedazos y matorrales volaban arrastrados por el mismo impulso, y debajo saltaban en torbellino millares de peñascos arrancados de la montaña como polvo. Afortunadamente la roca, bajo la que se habian abrigado, estaba unida por vínculos de siglos al inmenso esqueleto de la montaña, y permaneció inmóvil, protegiendo á los fugitivos, que hallándose en el centro mismo del huracan, siguieron con espantada vista la marcha de aquel aterrador fenómeno, que adelantándose en línea recta y derribando todos los obstáculos, se dirigió hácia Banen : pasó sobre una casa que desapareció con él, llegó al lago, separó la niebla en dos paredes que parecian sólidas, encontró una barca que sumergió, y fué á estrellarse contra las rocas del Axemberg, dejando el espacio que habia recorrido vacío y devastado como el cauce de un río que queda seco.

— Vamos, la manga nos ha abierto un camino, exclamó Conrado.

— Puede ser tambien que el huracan nos haya librado de nuestros enemigos, dijo Rosita reuniendo todas sus fuerzas para seguir á Conrado.

— Si, respondió este, sí, si yo no hubiese arrojado el puente, porque se habrán hallado sobre la misma línea nuestra, y entonces es probable que hubiéramos visto pasar sus cadáveres por encima de

nuestras cabezas : pero se han visto obligados á dar un rodeo para evitar el precipicio. La manga les habrá dado tiempo para alcanzarnos : mira, allí tienes la prueba... mira.

En efecto, comenzaban á oirse los ladridos de Napft.

Conrado conociendo entonces que le faltaban las fuerzas á Rosita, la cogió en sus brazos y cargando con aquel peso continuó mas ligero aun que si ella le hubiese seguido á pié.

A las pocas palabras que hablaron en voz baja los dos esposos, se siguió un silencio de muerte de diez minutos. Conrado habia adelantado tanto que ya descubria ahora el lago á unos quinientos pasos al través de la lluvia y de la niebla : Rosita tenia clavados los ojos sobre el extraño valle que acababan de recorrer. De repente Conrado la sintió estremecerse, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría : eran los de los soldados que les perseguian, y que al fin los habian visto. Napft vino á saltar al lado de su amo, pues al reconocerle habia tirado con tanta fuerza que habia roto la cadena que le sujetaba : colgaban aun algunos eslabones en el collar.

— Sí, sí, murmuró Conrado, eres un perro fiel, Napft, pero tu fidelidad nos pierde mas que una traicion. Ahora ya no es una cacería, es una carrera. Desesperado entonces dirigióse Conrado en línea recta hácia el lago, seguido á trescientos pasos de distancia de ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess ; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo : el lago estaba agitado como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningun barquero queria arriesgar la vida por salvar la suya.

Conrado corria como un loco, llevando siempre en brazos á Rosita medio desmayada, y que á voces pedia proteccion, perseguido siempre por los arqueros que á cada paso se adelantaban en su alcance.

De repente saltó un hombre desde una roca al camino.

— ¿Quién pide socorro? preguntó.

— Yo, yo, respondió Conrado, para mí y para esta mujer que aquí veis. ¡Una barca, por Dios, una barca!

— Venid, dijo el desconocido saltando á una barquilla que estaba amarrada á una argollita.

— ¡Oh! sois mi salvador.

— El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por los hombres; Dios me ha traído á vuestro encuentro; dirigidle vuestras acciones de gracias y sobre todo vuestras oraciones, porque vamos á tener necesidad de que no nos pierda de vista.

— Pero al menos es preciso que sepais á quién salvais.

— Estais en peligro; no necesito saber mas: venid.

Saltó en la barca Conrado y colocó en ella á Rosita.

El desconocido desplegó una pequeña vela y colocándose en el timon, desató la cadena que sujetaba la barca á la orilla. Inmediatamente se lanzó saltando de ola en ola, animándose al soplo del viento como un caballo con la espuela y la voz de su jinete. Apenas se hallaban los fugitivos á cien pasos del punto de donde se habian embarcado, cuando llegaron los arqueros.

— ¡Venís demasiado tarde, mis amos! murmuró

el desconocido; ahora estamos fuera de vuestras manos; pero no es esto todo, continuó volviéndose á Conrado. Echaos, jóvenes, echaos. ¿No veis que echan mano á los arcos? Una flecha es mas ligera que la mejor barca aunque se la lleve el demonio de la tempestad misma. Boca abajo os digo, boca abajo al instante. Conrado obedeció. Al mismo tiempo se dejó oír un silbido sobre sus cabezas. En el mástil de la barca quedó clavada temblando una flecha; las otras fueron á perderse en el lago.

El extranjero miró con reposada curiosidad la flecha cuya acerada punta se habia clavado enteramente en el mástil.

— Sí, sí, murmuró á media voz, en nuestros montes se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de roble: si la mano que los maneja y el ojo que dirige la flecha que arrojan, estuviesen mas ejercitados, podria dar cuidado el servirles de blanco: además no es cosa fácil alcanzar al gamo que corre, al pájaro que vuela, ó á la barca que surca las olas. Volveos á echar, jóvenes, que nos mandan otra segunda descarga.

En efecto, clavóse una flecha en la proa, y atravesando otras dos la vela se quedaron enganchadas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente.

— Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podeis sentaros en los bancos de la barca como si estuviéseis en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una balleta se podria hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á

salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecia tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una media hora despues de haber saltado en la barca Conrado y su mujer desembarcaban en la opuesta orilla. Napft, á quien habian olvidado, los habia seguido á nado.

Antes de separarse del extranjero pensó Conrado de cuánta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuracion de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grulli; pero á la primera palabra le detuvo el extranjero.

— Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no le haré.

— Pero á lo menos, exclamó Rosita, decidnos cuál es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

— Sí, sí, vuestro nombre, dijo Conrado, no tenéis motivo alguno para ocultárnoslo.

— No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Fhulen.

GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al baillío Herman Guessler de Brounig un mensajero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió orden de que le hiciesen entrar.

El mensajero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdiccion de Guessler. El baillío prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnicion de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugian-

dose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensajeros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altorf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fe y homenaje; entonces despidió á los mensajeros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadía era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres días despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba

fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenían atado. Cumplida esta orden, el cazador, que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

— ¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?

— Sí, monseñor.

— ¿Y porqué?

— Porque nuestros padres me han enseñado á no descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

— Pero esta corona representa el imperio.

— Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Habsburgo y de los duques de Austria. Ponedla en las plazas de Lucerna, y de Friburgo, de Zug, de Bienna, y del país de Glaris, y no dudo que sus habitantes de rendirán el homenaje que exigís, pero nosotros que hemos recibido del emperador Rodolfo el privilegio de nombrar nuestros jueces, de gobernarnos por nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respetar todas las coronas, pero rendir homenaje solamente á la del emperador.

— Pero al subir al trono romano el emperador Alberto no ha ratificado esas libertades concedidas por su padre.

— Ha hecho mal, monseñor, y ved porqué Uri, Schwitz y Unterwalden han hecho alianza entre sí, y se han comprometido con juramento á defender

mutuamente á todo trance sus personas, familias y bienes, y á auxiliarse unos á otros por los consejos y por las armas.

— ¿Y crees tú que cumplirán su juramento? dijo Guessler sonriéndose.

— Lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

— ¿Y que morirán antes que quebrantar su juramento?

— Desde el primero hasta el último.

— Será preciso verlo.

— Mirad, monseñor, continuó el cazador, que tenga cuidado el emperador Alberto, no es afortunado en expediciones de este género. Se acordará del sitio de Berna, donde fué cogida su bandera imperial, y de Zurich, en donde no se atrevió á entrar á pesar de estar abiertas todas sus puertas; no obstante, con estas dos ciudades la cuestion no era por su libertad, sino por los límites de su territorio. Ya sé que vengó estas dos derrotas contra Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa, mientras que nosotros y los demás confederados estamos prevenidos y armados.

— ¿Y dónde has tenido tú tiempo de aprender las leyes y la historia, si no eres mas que un simple cazador como puede verse por tu traje?

— Sé nuestras leyes, porque es la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia porque entiendo algo de letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas, por esto tengo el empleo de cobrador de las rentas del Fraumunster de Zurich. En cuanto á la caza no es mi oficio, sino mi diversion como la de todo hombre libre.

— ¿Y cómo te llamas?

— Mi nombre de bautismo es Guillermo, y Tell el de mis abuelos.

— ¡Ah! respondió Guessler con alegría. ¿No eres tú el que has dado socorro á Conrado de Baumgarten y á su esposa en la última tempestad?

— Yo di paso en mi barca á un jóven y á una mujer que huian perseguidos; pero no les he preguntado su nombre.

— ¿No eres tú tambien el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?

— A cincuenta pasos arrancaria una manzana puesta sobre la cabeza de su propio hijo, dijo una voz que salió de entre la muchedumbre.

— ¡Dios perdone esas palabras y al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero de seguro que no han salido de la boca de un padre.

— ¿Con que tienes hijos? dijo Guessler.

— Cuatro. Tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.

— ¿Y á cuál quieres mas?

— A todos los amo igualmente.

— Pero por alguno tendrás mayor ternura.

— Por el mas pequeño tal vez, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, teniendo apenas siete años.

— ¿Y cómo se llama?

— Walter.

Guessler se volvió hácia uno de los guardias que le habian seguido á caballo. — Corred á Burglen, le dijo, y traedme al niño Walter.

— ¿Y para qué, monseñor? preguntó Tell.

Guessler hizo una seña y el guardia partió al galope.

— Ya lo verás, dijo Guessler volviéndose hácia el grupo y hablando tranquilamente con los escuderos y guardias que le acompañaban. Guillermo se quedó en pié en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos, y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos volvió el guardia trayendo al niño sentado sobre el arzon de la silla : despues llegando junto á Guessler lo bajó á tierra.

— Aquí está el pequeño Walter, dijo el guardia.

— Está bien, respondió el gobernador.

— ¡ Mi hijo ! exclamó Guillermo. El niño se arrojó en sus brazos.

— ¿ Me llamabas, padre ? dijo el niño palmo-teando de alegría.

— Y tu madre, ¿ cómo te ha dejado venir ? murmuró Guillermo.

— No estaba en casa : no habia allí mas que mis hermanos y yo. ¡ Oh qué envidia van á tenerme ! Han dicho que tú me quieres á mí mas que á ellos.

Guillermo exhaló un suspiro y estrechó á su hijo contra su corazón.

Guessler miraba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y de ferocidad ; despues, cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo, dijo señalando á una encina que habia en el otro extremo de la plaza :

— Atad ese niño á ese árbol.

— ¿ Para qué ? gritó Guillermo estrechándole en sus brazos.

— Para probarte que hay entre mis guardias arqueros que sin tener tu reputación, saben tambien dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como si no compren-

diese, aunque la palidez de su cara y las gotas de sudor que corrian por su frente anunciassen que lo habia comprendido.

Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron á él.

— ¡ Atar mi hijo para probar la destreza de tus soldados ! ¡ Oh ! no lo intentes, gobernador, Dios no te dejaria hacerlo.

— Eso es lo que veremos, dijo Guessler, y repitió la órden.

Los ojos de Guillermo brillaron como los de un leon ; miró en derredor de sí para ver si hallaba un paso para escapar, pero estaba rodeado por todas partes.

— ¿ Qué quieren hacerme, padre ? preguntó asustado el niño Walter.

— ¿ Qué quieren hacerte, hijo mio ? ¿ qué quieren hacerte ? ¡ Oh ! esos tigres con rostro humano quieren degollarte.

— ¿ Y porqué, padre ? dijo el niño llorando : yo no he hecho mal á nadie.

— ¡ Verdugos ! ¡ verdugos ! ¡ verdugos ! gritó Guillermo rechinando los dientes.

— Vamos, concluyamos, dijo Guessler.

Los soldados se echaron sobre él, y le arrancaron su niño ; Guillermo se arrojó á los piés del caballo de Guessler.

— Monseñor, le dijo juntando sus manos en ademán suplicante : monseñor, yo soy el que os ha ofendido, á mí me debeis castigar, monseñor, castigadme, matadme ; pero devolved ese niño á su madre.

— Yo no quiero que te maten, gritaba el niño agitándose en los brazos de los arqueros.

— Monseñor, continuó Guillermo, mi mujer y mis hijos abandonarán la Helvecia y os dejarán su casa, tierras y ganados; se irán á mendigar de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de choza en choza, pero en nombre del cielo perdonad á mi hijo.

— Hay un medio de salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.

— ¿Cuál, exclamó Tell, levantándose y cruzando los brazos: ¿cuál es? decidlo luego, y si lo que queréis exigir de mí está al alcance humano, lo haré.

— No te exigiré nada que no te crea capaz de hacer.

— Ya os escucho.

— Hace poco que se ha dejado oír una voz de que eres tan diestro cazador, que á ciento cincuenta pasos de distancia quitarías una manzana de la cabeza de tu hijo sin causarle lesión alguna.

— ¡Oh! Maldita era esa voz. Yo creí que solo Dios y yo la habíamos oído.

— ¡Y bien! Guillermo, continuó Guessler, si consientes en darme esa prueba de destreza, te perdono por haber contravenido á mis órdenes, no saludando á ese sombrero.

— Imposible, monseñor, imposible; sería tentar á Dios.

— Entonces voy á probarte que tengo arqueros menos tímidos que tú: — Atad al niño.

— Esperad, monseñor, esperad; aunque sea una cosa muy terrible, muy cruel y muy infame, lo reflexionaré.

— Cinco minutos te doy.

— A lo menos durante ese tiempo volvedme á mi hijo.

— Soltad al niño, dijo Guessler. El niño echó á correr hácia su padre.

— ¿Con que nos ha perdonado, padre? dijo el niño enjugándose los ojos con sus manecitas llorando y riendo á la vez.

— ¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren? ¡Oh Dios mio! ¿cómo es posible que en la cabeza de un hombre quepa semejante pensamiento! Quieren... ¡pero no, no lo quieren! es imposible que quieran semejante cosa. Quieren, pobre niño, que á ciento y cincuenta pasos yo quite una manzana de tu cabeza con una flecha.

— ¿Y porqué no quieres tú eso, padre? respondió el niño sencillamente.

— ¿Porqué? ¿y si no diese en la manzana, y si la flecha te tocase á tí?..

— ¡Oh! tú sabes bien que no hay peligro de eso, respondió el niño sonriendo.

— ¡Guillermo! gritó Guessler.

— Aguadaos, monseñor, aguadaos, aun no han pasado los cinco minutos.

— Te equivocas: el tiempo ha pasado. Guillermo, decidete.

El niño hizo un gesto animando á su padre.

— Bien, murmuró Guillermo á media voz... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!

— Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.

— Ya quiere mi padre, dijo el niño; y arrancándose de los brazos de Guillermo, echó él mismo á correr hácia el árbol.

Guillermo se quedó anonadado con los brazos caídos y la cabeza sobre el pecho.

— Dadle un arco y flechas, dijo Guessler.

— Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su estupor; yo no soy arquero, sino ballestero.

— Es verdad, es verdad, gritó la muchedumbre.

Guessler se volvió entonces á los soldados que habian arrestado á Guillermo, como para interrogarlos.

— Sí, sí, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.

— ¿Y qué han hecho de ellas?

— Se las hemos quitado cuando se le ha desarreado.

— Que se le devuelvan, dijo Guessler. Fueron á buscarlas y las entregaron á Guillermo.

— Ahora una manzana, dijo Guessler. — trayéndole una cestita llena de ellas : Guessler escogió una.

— ¡Oh! ¡esa no! gritó Guillermo, esa no : á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podria verla. Verdaderamente no teneis compasion en escogerla tan pequeña.

Dejóla caer Guessler, y tomó otra que era una tercera parte mas gorda.

— Vamos, Guillermo, voy á darte gusto, le dijo el gobernador, ¿qué me dices de esta?

Guillermo la tomó, la miró, y suspirando se la devolvió.

— Vamos, ya estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

— ¡Un instante! ¡un instante! dijo Guillermo. Una distancia leal, monseñor, pasos de dos piés y medio nada mas. Esta es la medida en los tiros y desafíos, ¿no es verdad, señores arqueros?

— Se hará como deseas, Guillermo. Se midió la

distancia contando ciento cincuenta pasos de dos piés y medio.

Guillermo siguió al que calculaba el espacio, midió él mismo tres veces la distancia; despues, viendo que se habia hecho lealmente, volvió al sitio donde tenia la ballesta y sus dardos. — Una flecha sola, gritó Guessler.

— Dejádmela escoger al menos, dijo Guillermo : no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha : ¿no es esto, señores arqueros? Flechas hay que se desvian del camino, ya porque el hierro es muy pesado, ya porque la madera tiene algun nudo, ya porque han sido mal emplumadas.

— Es verdad, dijeron los arqueros.

— Pues bien, escogedla, repuso Guessler; pero una sola, ¿lo entiendes?

— Sí, sí, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, sí, sí, una sola : está dicho.

Guillermo examinó todas aquellas flechas con la mas ascrupulosa atencion, tomólas y las dejó unas despues de otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, púsolas en equilibrio sobre un dedo, para ver si el hierro pesaba mas de un lado, lo que hubiera hecho bajar la punteria. En fin, encontró una que reunia todas las cualidades necesarias, pero aun despues de haberla encontrado, continuó aun largo tiempo haciendo que buscaba entre las que habian quedado, pero solo para ganar mas tiempo.

— ¿Y bien? dijo Guessler con impaciencia.

— Ya estoy listo, monseñor, dijo Guillermo : voy á encomendarme á Dios.

— ¿Eso tambien?

— Ya que no he podido obtener piedad en los

hombres, á lo menos pido misericordia á Dios. Esto es una cosa que no se niega ni al reo sobre el caldoso.

— Reza.

Guillermo se puso de rodillas, y pareció absorto en su oracion.

Entretanto ataban al niño al árbol : quisieron vendarle los ojos, pero él lo rehusó.

— ¡ Y eso ! ¡ y eso ! dijo Guillermo interrumpiendo sus rezos, ¿ no le vendais los ojos ?

— Pide veros, gritaron los arqueros.

— Y yo no quiero que me vea, exclamó Guillermo, yo no quiero, ¿ lo oís ? sin eso no hay nada de lo dicho, ni de lo convenido, hará algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataria á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, te lo pido de rodillas.

— Que me los venden, respondió el niño.

— Gracias, dijo Guillermo, enjugándose el sudor de su frente y mirando en su derredor como enajenado, gracias, eres un excelente muchacho.

— Vamos, ánimo, padre, le gritó Walter.

— Sí, sí, respondió Guillermo poniendo una rodilla en tierra y armando la ballesta. Monseñor, dijo despues volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto era para castigarme, para probarme, y que ahora que veis lo que he sufrido, me perdonais. ¿ No es así, monseñor ? ¿ No es verdad que me concedeis vuestra gracia ? continuó arrastrándose sobre sus rodillas. En nombre del cielo, en nombre de la Virgen María, en nombre de los santos, ¡ perdon ! ¡ perdon !

— Vamos, dáte prisa, respondió Guessler, y teme

cansar mi paciencia. ¿ No estamos ya convenidos ? Vamos, cazador, demuestra tu habilidad.

— ¡ Dios mio ! tened piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo. Entonces cogiendo su ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente la punta, despues poniéndola á la altura que quiso, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja agitada por el viento, se quedó inmóvil como un arquero de mármol. No se oia ni un soplo, las respiraciones se habian suspendido y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro, resonó un grito de alegría ; la manzana estaba clavada en la encina y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y volvió á caer en el suelo desmayado.

Cuando Guillermo volvió en sí estaba en los brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volviése al gobernador y encontró sus ojos chispeando de cólera.

— ¿ He hecho lo que me habeis mandado, monseñor ? le dijo.

— Sí, respondió Guessler, eres un valiente arquero. Asi perdono como he prometido tu falta de respeto á mis órdenes.

— Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

— Pero tenemos otra cuenta que arreglar juntos. Tú has dado socorro á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y tú debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en derredor de sí cual un hombre que se vuelve loco.

— Arqueros, conducid á este hombre á la cár-

cel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

— ¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño, fué fielmente devuelto á su madre.

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demás, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria habilidad excitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Pólux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponía remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó